

á ser pura y simplemente un perfumista realista, sin comprometerse jamás, y mantuvo esta idea á la que se entregó en cuerpo y alma.

El 18 brumario, los señores Ragon, desesperanzados del éxito de la causa monárquica, se decidieron á dejar la perfumería, para vivir como buenos burgueses, sin volver á meterse en política. Para resarcirse del valor de sus existencias, necesitaban encontrar un hombre que fuese más honrado que ambicioso, que tuviese más experiencia que capacidad; Ragon propuso, pues, el negocio á su dependiente principal. Birotteau, dueño á los veinte años de mil francos de renta en papel del Estado, dudó. Su ambición consistía en vivir cerca de Chinon, cuando reuniese mil quinientos francos de renta y el primer cónsul hubiera garantizado la deuda pública, consolidándola en las Tullerías. ¿Para qué arriesgar su honrada y sencilla independencia en los riesgos comerciales? se preguntaba. No había creído nunca ganar tanto dinero, debido á las aventuras, á las que sólo en la juventud se entrega el hombre; pensaba casarse en Turena con una mujer tan rica como él, para poder comprar y cultivar las Tesoreras, pequeña finca que desde que tuvo uso de razón había codiciado, que soñaba en ampliar cuando tuviera mil escudos de renta y donde pasaría una vida felizmente humilde. Iba á negarse, cuando el amor le hizo mudar de pronto sus resoluciones, duplicando la cifra de la renta ambicionada.

Desde la traición de Úrsula, César había sido

prudente, tanto por temor á los peligros que los amores acarrear en París, como á causa de sus ocupaciones. Cuando no se alimentan las pasiones, se cambian en necesidad; el matrimonio constituye entonces para los hombres de la clase media una idea fija, porque no tienen otra manera de conquistar y apropiarse una mujer. César Birotteau era de éstos. Todo estaba á cargo del dependiente principal en el almacén de *la Reina de las Rosas*: no tenía un instante para consagrarlo á los amores. Con esa vida, las necesidades son más imperiosas; así, el encuentro de una linda joven, de la cual no hubiera vuelto á acordarse un dependiente libertino, debía producir un gran efecto en el prudente César. Era un hermoso día de junio, cuando al desembocar por el puente María en la isla San Luis, vió á una joven de pie en la puerta de una tienda situada en la esquina del muelle de Anjou. Constanza Pillereault, era la dependienta principal de un almacén de novedades llamado *el Marinerito*, el primero de los almacenes que se han establecido en París, con exuberancia de muestras pintadas, flotantes banderolas, escaparates llenos de chales extendidos, corbatas colocadas como castillos de naipes, y mil otras seducciones comerciales, precios fijos, cintas, carteles, ilusiones y efectos de óptica llevados á tal grado de perfeccionamiento que las portadas de las tiendas se han convertido en poemas comerciales. Los precios económicos de todos los objetos llamados novedades que se encontraban en *el Marinerito* le pro-

porcionaban una animación nunca vista, en el sitio de París menos á propósito para atraer á la gente y negociar. Aquella dependienta principal tenía fama de muy hermosa, y se hablaba mucho de ella, como se habló más adelante de la Linda Camarera del café de las *Mil Columnas* y de otras muchas pobres criaturas que han atraído á los talleres de modistas, horchaterías y almacenes, más jóvenes y viejos que piedras hay en las calles de París. El primer dependiente de la *Reina de las Rosas*, que vivía entre San Roque y la calle de la Sourdière, ocupado exclusivamente de perfumería, desconocía la existencia de *el Marinerito*; porque los pequeños comercios de París se desconocen unos á otros. César se sintió impresionado tan hondamente por la belleza de Constanza, que entró muy decidido en *el Marinerito* á comprar seis camisas de hilo, regateándolas mucho tiempo, haciendo que le enseñaran muchas piezas de tela, ni más ni menos que una inglesa que sale de tiendas (*shopping*). La primera dependienta principal se dignó ocuparse de César, comprendiendo, por síntomas que todas las mujeres aprecian, que iba más por la vendedora que por la mercancía. Dió su nombre y sus señas á la dependienta, la cual, terminada la compra, quedó indiferente á la admiración del comprador. Al pobre dependiente le había costado poco ganarse las simpatías de Úrsula: era inocente como un cordeiro; el amor le hizo más inocente aún, y no se atrevió á decir una palabra; estaba muy deslum-

brado para notar la indiferencia que siguió á la sonrisa de aquella sirena del comercio.

Durante una semana, fué todas las tardes á ponerse de poste frente á *el Marinerito*, esperando recoger una mirada, como un perro espera el hueso á la puerta de la cocina, indiferente á las bromas que se permitían los dependientes y las costureras, apartándose humildemente para dejar paso á compradores y transeuntes, atento á los menores movimientos de la tienda. Algunos días después entró nuevamente en el paraíso donde estaba su ángel, menos para comprar pañuelos que para comunicarle una idea luminosa.

— Si necesitáis perfumes, señorita, os los proporcionaré con mucho gusto, dijo al pagar.

Constanza Pillereault recibía á diario brillantes proposiciones, en las cuales nunca se trataba de matrimonio, y, aunque su corazón era tan puro como blanca su frente, no se dignó, sino después de seis meses de idas y venidas en que César la mostró su infatigable amor, admitir las asiduidades de César, pero sin comprometerse á nada; prudencia aconsejada por el número infinito de admiradores, almacenistas de vinos al por mayor, cafeteros ricos y otros que la decían ternezas. El amante estaba protegido por el tutor de Constanza, el señor Claudio José Pillereault, entonces comerciante de quincalla en el malecón de la Ferretería, cuyo descubrimiento había hecho César, dedicándose al espionaje subterráneo que caracteriza el verdadero amor. La rapidez de este relato obliga

á pasar en silencio las venturas del amor parisién con inocencia sentido, á callar las prodigalidades propias de los dependientes: los primeros melones maduros, delicadas comidas en casa de Venua, seguidas de alguna función de teatro, expediciones al campo en coche los domingos. Sin ser un muchacho guapo, César no tenía nada en su persona que le imposibilitase para inspirar amor. La vida de París y su permanencia en un triste almacén habían acabado por blanquear su tez coloradota de aldeano. Su robustez, su desarrollo, sus anchuras, su aire sencillo y honrado, todo predisponía á su favor. El tío Pillereault, encargado de velar por la dicha de la hija de su hermano, había tomado antecedentes: aprobó las intenciones del turenés. En 1800, en el hermoso mes de mayo, la señorita Pillereault consintió en casarse con César Birotteau, el cual se desmayó de gusto en el momento en que, bajo un tilo, en Sceaux, Constanza Bárbara Josefina le aceptaba por esposo.

— Hija mía, dijo el señor Pillereault, consigues un buen marido. Tiene corazón ardiente y sentimientos delicados; es dócil como el mimbres y prudente como un niño Jesús, en fin el mejor de los hombres.

Constanza renunció sinceramente á los brillantes destinos, en los cuales, como todas las muchachas de comercio, había alguna vez soñado. Quería ser una mujer honrada, una buena madre de familia, y tomó la vida, siguiendo el religioso programa de la clase media. Este destino estaba, desde luego,

más en armonía con sus ideas que las peligrosas vanidades que seducen tantas imaginaciones jóvenes de París. De limitada inteligencia, Constanza ofrecía el tipo de la modesta burguesa que trabaja de mala gana, que comienza por rechazar lo que desea y se disgusta cuando la cogen la palabra, cuya inquieta actividad se manifiesta en la cocina y en la caja, en los negocios más graves y en los zurcidos invisibles de la ropa blanca; que, hasta queriendo, es regañona, que sólo concibe las ideas sencillas, la vulgaridad del entendimiento que todo lo razona y de todo teme, que todo lo calcula y piensa siempre en el porvenir. Su belleza fría y cándida, su expresión atractiva, su juventud impidieron á Birotteau pensar en sus defectos, compensados, desde luego, por esa delicada honradez propia de las mujeres, por un orden extremado, por el fanatismo de trabajo y por la maña en el vender.

Constanza tenía entonces diez y ocho años y once mil francos. César, á quien el amor inspiraba una ambición sin límites, compró las existencias de *la Reina de las Rosas*, instalándose cerca de la plaza de Vendôme, en una bonita casa. A los veintiún años de edad, casado con una mujer hermosa y adorada, poseedor de un comercio de cuyo traspaso había pagado las tres cuartas partes, debió ver y vió dichoso el porvenir, sobre todo recordando los tiempos pasados. Roguin, notario de los Ragon, que había hecho el contrato matrimonial, dió prudentes consejos al nuevo perfumista, impidiendo

que éste concluyese de pagar las existencias con la dote de su mujer.

— Guardad ese dinero por si se presenta alguna especulación productiva, amigo mío, le dijo.

Birotteau miró al notario con admiración; acostumbándose á consultarle, intimó con él. Como Ragon y Pillereault, tuvo tanta fe en el notariado que se entregó á Roguin sin desconfiar. Gracias á ese consejo, César, con los once mil francos de Constanza pudo empezar sus negocios, y no hubiera cambiado entonces su posición por la del primer cónsul, por brillante que pareciese la de Napoleón. Al principio, Birotteau no tuvo más que una cocinera; se instaló en el entresuelo situado encima de su tienda, especie de tabuco bastante bien decorado por un tapicero, donde los recién casados empezaron una eterna luna de miel. La mujer de César apareció como una maravilla en su escritorio. Su belleza célebre ejerció una grande influencia en la venta; los elegantes del Imperio se preocupaban mucho de la bella señora Birotteau. César fué acusado de monárquico, pero todo el mundo hizo justicia á su honradez; aun cuando algunos comerciantes vecinos envidiaron su dicha, se le juzgaba acreedor á ella. El balazo que había recibido en las gradas de San Roque le acreditó de hombre iniciado en los secretos de la política y de valiente, sin que hubiera tenido nunca valor militar en su corazón ni ideas políticas en su cerebro. Fundadas en estos datos, las gentes honradas del distrito le nombraron capitán de la guardia nacional; pero fué

destituído por Napoleón, quien, según Birotteau, le guardaba rencor por la refriega de vendimiario. César adquirió entonces, y sin el menor trabajo, una importancia de perseguido que le hizo interesante á los ojos de los enemigos.

He aquí cuál fué la suerte de este matrimonio, constantemente dichoso en su trato íntimo, agitado sólo por las ansiedades comerciales.

Durante el primer año, César Birotteau puso á su mujer al corriente de la venta y del detalle de la perfumería, ocupación que ella entendió admirablemente bien; pareció que había nacido y se había educado expresamente para probar guantes á su parroquia. Terminado el primer año, el balance asombró al ambicioso perfumista: después de cubrir todos los gastos, le bastarían veinte años como aquél para reunir un modesto capital de cien mil francos, en el cual había cifrado su dicha. Resolvió entonces llegar á la fortuna más rápidamente, y quiso desde luego unir la fabricación á la venta. Contra la opinión de su mujer, alquiló una barraca y terrenos en el arrabal del Temple é hizo pintar en gruesos caracteres: « FÁBRICA DE CÉSAR BIROTTEAU ». Seducido por Grasse, un operario, empezó á medias con él algunas fabricaciones de jabón, de esencias y de agua de Colonia. Esta asociación no duró más que seis meses y terminó con pérdidas que César tuvo que sufragar. Sin desesperanzarse, Birotteau quiso obtener un resultado á toda costa, únicamente por no ser reconvenido por su mujer, á la cual confesó más tarde que, en esta época de desespera-

29712

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
MONTERREY, MEX.

ción, la cabeza le bullía como un puchero, y que, muchas veces, á no ser por sus creencias religiosas, se hubiera arrojado al Sena.

Descorazonado por algunos experimentos infructuosos, se paseaba un día á lo largo de los bulevares después de comer, porque el paseante parisién es muchas veces un hombre desesperado y no un ocioso. Entre algunos libros á treinta céntimos que había en una banasta en el suelo, le llamó la atención por su portada descolorida y empolvada, *Abdeker ó el Arte de conservar la belleza*. Compró este supuesto libro árabe, especie de novela escrita por un médico del siglo anterior, y lo abrió por una página en que se trataba de perfumes. Apoyado contra un árbol del bulevar para hojear el libro, vió una nota en la cual el autor explicaba la naturaleza del cutis y de la epidermis, y demostraba que tal pasta ó tal jabón producían efecto muchas veces contrario al que se esperaba, si la pasta ó el jabón contraían la piel que necesitaba ser suavizada, ó suavizaba la que exigía tónicos. Birotteau compró este libro, en el cual adivinaba su fortuna. Sin embargo, desconfiando en absoluto de su inteligencia, fué á casa de un químico célebre, Vauquelin, al cual preguntó sencillamente la manera de preparar un doble cosmético que produjese los efectos apropiados á las diversas clases de epidermis humana. Los verdaderos sabios, esos hombres realmente superiores, que no suelen obtener en vida la reputación que merecen, la gloria que pudiera recompensar sus inmensos trabajos desconocidos, son casi

todos serviciales, y sonríen á los pobres de espíritu. Vauquelin protegió, pues, al perfumista, permitiéndole que se llamase inventor de una pasta para blanquear las manos, cuya composición le indicó. Birotteau llamó á ese cosmético la *doble pasta de las sultanas*. Con objeto de completar su obra, aplicó el procedimiento de la pasta para las manos á un agua para la tez que llamó *agua carminativa*. Imitando, además el sistema de *el Marinerito*, desplegó, el primero entre los perfumistas, ese lujo de carteles, de anuncios y de medios de publicidad, que llaman, tal vez injustamente, charlatanismo.

La *pasta de las sultanas* y el *agua carminativa* se ofrecieron al mundo galante y al universo comercialregonados por los carteles en colores, á la cabeza de los cuales se leían estas palabras: *Con aprobación de la Academia de ciencias*. Esta fórmula, empleada por primera vez, dió un resultado prodigioso. No solamente Francia, sino todas las naciones del continente, se vieron engalanadas con los carteles amarillos, rojos y azules del soberano de *la Reina de las Rosas*, que era depositario, fabricaba y expendía á precios moderados todo lo referente á su especialidad. En una época en que no se hablaba más que de Oriente, llamar á un cosmético cualquiera *pasta de las sultanas*, adivinando la magia ejercida por estas palabras en un país en que los hombres tienden tanto á ser sultanes como las mujeres á verse convertidas en sultanas, era una idea que podía ocurrírsele tanto á un hombre vulgar

como á un hombre de talento; pero el público, juzgando siempre por los resultados, hizo de Birotteau un hombre superior, comercialmente hablando, hasta el punto de que el prospecto de ridícula fraseología, redactado por él mismo, fué un elemento de éxito: en Francia no se hace burla sino de las cosas y de los hombres que preocupan, y nadie se preocupa de lo que no tiene éxito. Aunque Birotteau no había pretendido poner en juego su simpatía, las gentes le atribuyeron talento de aparentarla para llamar la atención. Se ha encontrado, no sin trabajo, un ejemplar de este prospecto en casa de Popinot y Compañía, almacenistas de drogas de la calle de los Lombardos. Este papel curioso está comprendido en el número de aquellos que, en un círculo más elevado, los historiadores llaman *documentos justificativos*. Dice así:

DOBLE PASTA DE LAS SULTANAS Y AGUA CARMINATIVA

DE

CÉSAR BIROTTEAU

DESCUBRIMIENTO MARAVILLOSO

APROBADO POR LA ACADEMIA DE CIENCIAS

Hace mucho tiempo que una pasta para las manos y un agua para el rostro, dando un resultado superior al obtenido por el agua de Colonia en el tocado, eran generalmente deseados en Europa. Después de haber consagrado largas vigili-  
as al estudio de la dermis y de la epidermis en los dos

sexos, que uno y otro dan con razón mucha importancia á la dulzura, á la suavidad, á la brillantez, al aterciopelado de la piel, el señor Birotteau, perfumista ventajosamente conocido en la capital y en el extranjero, ha descubierto una pasta y un agua justamente calificadas, desde su aparición, de maravillosas entre los elegantes y las ilustres damas de Paris. En efecto, esta pasta y esta agua poseen sorprendentes propiedades para obrar sobre la piel sin arrugarla prematuramente, como lo hacen las drogas empleadas con exceso hasta aquí, é inventadas por ignorantes codicias. Este descubrimiento se funda en la diversidad de temperamentos, divididos en dos clases, indicadas por el color de la pasta y del agua, las cuales son rosadas para el cutis y la epidermis de las personas de constitución linfática, y blancas para aquellas personas que gozan de un temperamento sanguíneo,

La pasta lleva el nombre de *pasta de las sultanas*, porque ya fué descubierta para el serrallo por un médico árabe. Ha sido aprobada por la Academia de ciencias, mediante el dictamen de nuestro ilustre químico Vauquelin; lo mismo podríamos decir del agua, que se compone de los mismos principios que han entrado en la preparación de la pasta.

Esta preciosa pasta, que exhala los más suaves perfumes, hace, pues, desaparecer las pecas más rebeldes, blanquea las epidermis más recalcitrantes, y suprime el sudor de las manos, del cual se lamentan las mujeres no menos que los hombres.

El *agua carminativa* quita esos ligeros granos que en ciertos momentos aparecen de pronto en el cutis de las mujeres, contrariando sus proyectos para el baile; refresca y reaviva los colores, abriendo ó cerrando los poros, según las exigencias del temperamento; es tan conocida ya por contrarrestar los deterioros del tiempo, que muchas señoras la han llamado por agradecimiento *la amiga de la belleza*.

El agua de Colonia es pura y simplemente un perfume vulgar, sin eficacia especial, mientras que la *doble pasta de*